

## XII

La jorobada había pasado su convalecencia en una mortal inquietud. La brusca partida y la exaltación de Clementina le hacían temer alguna imprudencia de su parte, tal vez un escándalo, cuya noticia esperaba recibir de un momento á otro.

Por fin, no pudiendo resistir más, se había puesto en camino para llevar á su sobrina su ayuda y sus consejos, caso de que los necesitase.

La calma de la quinta y algunas palabras cruzadas al pasar con un criado, le habían tranquilizado.

Al entrar en el salón corrió á Clementina y la estrechó fuertemente en sus brazos; luego, al volverse, percibió á Maudhuy, y no pudo menos de conmoverse á la vista de aquel sufrimiento y de aquella ruina.

Este movimiento no pasó desapercibido para el enfermo, que respondía bastante secamente á las preguntas y á las condolencias de la anciana. Esta, por otra parte, insistió poco; salió

con su sobrina, y en cuanto se hallaron solas la preguntó:

—Dime, Clementina, ¿qué es lo que tiene tu marido?

—Ya lo ves; está enfermo.

—Sí; pero... ¿qué padece? ¿Cómo le ha dado ese mal? ¿Qué dicen los Médicos?

Clementina hizo un gesto de impaciencia.

—¿Qué se yo?... Está enfermo, y eso es todo. Ahora ¿tienes algo más que preguntar?... ¿Qué es lo que vienes á hacer aquí?... ¿Aconsejarme, dirigirme, velar por mi felicidad? ¡Te ha salido eso tan perfectamente la primera vez!

Este reproche hizo subir las lágrimas á los ojos de Luz.

—¡Dios mío!... ¡de qué modo me recibes— dijo dolorosamente,—á mí, que tanto te amo... que daría mi vida por tí... bien lo sabes!

Clementina lo sabía en efecto, por consideración á aquella misma ternura y á aquella abnegación sin límites, dejó que la solterona continuase sus protestas, que terminó contando sus inquietudes y la ansiedad que la había agitado.

—Hasta he pensado—dijo por conclusión—que habías abandonado á tu marido para huir con Luis de Charens. ¡Qué insensatez!

—¿Por qué, insensatez?... ¡Ojalá que él hubiera consentido!

—¡Cómo! ¡Espero que no se lo habrás propuesto!

—No. El mismo me ha evitado esa humillación. En cuanto supo que le amaba, volvió la espalda con desprecio.

—¡Oh! ¡con desprecio!

La jorobada no concebía que no se pudiese idolatrar á su sobrina.

—¿Lo dudas?—dijo Clementina con amarga sonrisa;—¡pues bien, quédate aquí unos cuantos días, y ya verás!

—¿Qué es lo que veré?

—¡Eh! ¿no comprendes?... ¡Ama á otra!

—¡A otra!... ¿y á quien?

—A Susana.

—¡Tu cuñada! ¡Ah! ¡ah! ¡vaya una broma!

—No es broma. Están ya prometidos oficialmente, y su matrimonio se celebrará uno de estos días.

—¡Pues yo te digo—exclamó Luz—que eso no es verdad, que ese matrimonio no se hará!... Pero reflexiona un poco, mi pobre Nini... ¿no tienes ojos en la cara? Y al decir esto la atraía hacia un espejo. Jamás has estado tan bella!... ¿Y el no te amaría ahora, cuando tanto te amaba antes?... ¿Y ha de preferir esa mocosuela, que no es otra cosa comparada contigo?

—Sin embargo, la ama y se casará con ella.

—A la verdad, eso es inexplicable, ó más bien... sí... lo adivino... eso es...

—¿Qué?

—Maudhuy le ha prestado muchos servicios, son amigos, asociados. ¿Qué más natural que se asuste á la idea de engañarle?... Y cuanto más te ame, más cuidado pondrá en no dártelo á entender; desconfía de su propia debilidad... Eso es lo que tú tenías por desprecio.

—Pero, ¿y su amor á Susana, ese compromiso formal?

—¿Y quién te dice que no haya sido forzado? ¿Estás segura de que vuestro amor no se ha revelado de alguna manera? Vuestra corteidad... un gesto... una mirada... ¿No has notado algún cambio en tu marido en estos últimos tiempos?

—En efecto, me ha parecido...

—¡Lo ves! ¡Los celos! Y yo respondería que entre ambos ha tenido lugar una explicación, á consecuencia de la que, para desvanecer sus sospechas, el señor de Charens ha hecho el papel de enamorado de tu cuñada; y como Maudhuy no se convenciese, se ha visto obligado á continuar la comedia y contraer esa especie de compromiso. Pero debes estar persuadida que en el fondo está decidido á no cumplirlo; ya encontrará un sesgo, un pretexto... ¡Oh! si fue-

ses libre, bien pronto dejaría plantada á esa tontuela y volvería á tí.

Clementina escuchaba con avidez. Ya le había ocurrido la misma idea; pero no se había detenido en ella. El tono convencido de Luz se la hacía ahora verosímil.

—Sí... es posible—dijo—si yo fuese libre... ¡pero no lo soy!

—¡No tardarás en serlo!—exclamó la jorobada con campesina brutalidad.—¡No has reparado en tu marido? Está desconocido; tiene la muerte en las entrañas, es evidente.

Clementina se estremeció; luego, como si tuviese vergüenza de ocuparse de semejante asunto, repuso:

—¿Y qué me importa que yo sea libre si él no lo es?

Y explicó á su tía cómo Maudhuy tenía conciencia de su estado, y que á medida que se sentía declinar, insistía más en que se celebrase el matrimonio lo más pronto posible.

¿Cómo se sustraería Luis á esta exigencia, caso de que tal fuese su intención?

Luz permaneció reflexionando un instante.

—¡No!—repuso al fin—eso no será. Soy yo quien te respondo de ello, y puedes estar tranquila.

Se hizo contar todo lo que había pasado des-

de su última entrevista; este relato confirmó sus suposiciones respecto á Luis; sólo sintió que Clementina no hubiera ocultado mejor su descontento.

—Es preciso reparar esa falta—dijo.—Haz como si el matrimonio te fuese indiferente. Sé obsequiosa con tu cuñada y natural con el señor de Charens; las sospechas de tu marido, si aún conserva alguna, se desvanecerán por completo.

Al día siguiente, por la mañana, Clementina entreabrió la puerta que comunicaba su alcoba con el cuarto que se había dispuesto para Luz, y vió á ésta, con la cofia de noche y en enaguas, que estaba echándose las cartas en la misma cama.

—¡Siempre tu eterna manía!—le dijo.

—¡Déjame!—le respondió la jorobada haciendo señal de que no se acercase.

Y continuó su operación. En fin, después de haber vuelto la última carta:

—¡Esto es!—dijo con alegría.—Ya sabía yo que triunfaríamos! ¡Abrázame!

Clementina se encogió de hombros.

—¡Y todo eso te divierte! ¡Todo eso te da confianza!—dijo la joven.

—¡Oh! ya sé que no crees en las cartas; pero yo sí, porque jamás me han engañado. ¡Ahora ya estoy tranquila!

Clementina quiso saber lo que pensaba hacer.

—Nada... absolutamente nada,—dijo;—esperemos: las cosas marcharán en favor nuestro, estoy segura.

Y no quiso explicarse más; cambió de conversación, habló de su hermano que la había dado un encargo para París...

—A propósito, iré hoy mismo, porque cuanto más pronto se hagan las cosas, mejor.

Y en efecto, partió á París en aquella misma mañana, después de enterarse cómo había pasado la noche Maudhuy.

Nunca se supo cuál había sido el encargo de su hermano; pero el que hubiera seguido á Luz, la habría visto entrar sucesivamente en dos farmacias y en una droguería...

Por la noche regresó á Villanueva; su ausencia no fue notada.

Encontró á su sobrina encerrada en su cuarto desolada y los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué tienes? ¿Qué ha pasado?—preguntó.

Clementina contó lo que Maudhuy, durante el día; había insistido de nuevo en el matrimonio, indicando sus ideas respecto á los contratos, y queriendo llamar á su Notario para comunicárselas.

—¿No es más que eso?—dijo Luz,—¡pues debías esperarlo, Niní; era inevitable!

—¿Y cómo vas á parar tú ese golpe?

—No necesito hacer nada... ¡Mira!

Y llevando á su sobrina á una ventana, le mostró á Maudhuy, pálido y enterrado en su sillón, en el jardín, á la sombra de un grupo de flores.

—Sí, ya le veo,—dijo Clementina separando la vista;—pero aún tiene voluntad, y esta voluntad no puedes vencerla.

—No tengas cuidado; la Naturaleza se encargará de ello.

—¡Ah! ¡sí!... ¡Siempre tus ideas supersticiosas por haber consultado las cartas!

Y se alejó con un gesto de despecho y de cólera.

En primer lugar, la repugnaba especular así sobre la suerte de Maudhuy, como si su amor por Luis recibiera por ello una mancha de impureza, y luego, ¿dónde estaba la certeza de que aquella muerte estuviese tan próxima? ¿Quién podía asegurar que acaeciese en tiempo oportuno?

Los días siguientes, Luz perseveró en su confianza y en su inacción. Por la mañana, á las diez, bajaba con su sobrina á la alcoba de Maudhuy, donde generalmente hallaban ya á Susana. Se acercaba al lecho, se informaba de la salud del enfermo, le decía invariablemente que

le encontraba mejor, y al mismo tiempo indicaba á Susana, por un gesto expresivo, que esta apreciación era por pura complacencia.

Arreglaba las almohadas, procuraba que su taza de chocolate estuviera preparada á punto, y le sostenía delicadamente mientras la tomaba. Una hora después volvía á ayudarle á vestir.

Si quería bajar al jardín, allí estaba ella para servirle de apoyo; poco á poco, paso á paso, le conducía por los paseos; disponía su salón en la fresca sombra y colocaba un cojín á sus pies y un velador al lado con la correspondencia y los periódicos.

Durante la velada, continuaba rodeándolo de atenciones y cuidados, hasta que se retiraba con su sobrina, en cuyo momento ésta le reprochaba sus vergonzosas é inútiles gazmoñerías.

Una noche estos reproches fueron tan vivos, que Luz se sintió ofendida. Era un domingo 31 de agosto. Luis había venido con el doctor X... y el Notario de la familia; Maudhuy había hablado del matrimonio de su hermana; había exigido que las amonestaciones tuviesen lugar inmediatamente y les había entregado las bases del contrato.

Cualquiera puede figurarse las terribles emo-

ciones de Clementina durante aquella escena; disimuló cuanto pudo; pero, en fin, á las nueve, cuando se retiró á su habitación con Luz, dió libre curso á su cólera.

—¿Es así como me ayudas?—dijo.—¿No decías que impedirías ese matrimonio? Pues ya lo ves casi hecho.

Luz, sombría y agitada, no respondió.

—¡Y yo, que he tenido la estupidez de creer-te!—continuó Clementina.—¡Tú siempre me has engañado!... Sin ti, hubiera luchado, en lugar de que he estado muy tranquila, siguiendo tus necios consejos!

—Y bien, sí, hice mal,—dijo Luz;—perdóname, querida Niní. ¿Podía yo suponer que tu marido, en el estado en que se halla, llevaría tan adelante las cosas? Pero nada se ha perdido. Voy á reflexionar, y mañana por la mañana...

—Vas á echarte las cartas, ¿no es eso?

—¡Ah, qué cruel eres!

Los reproches continuaron. De pronto Clementina se interrumpió.

—¡Silencio! oigo que llaman.

Las dos escucharon. Se oían gritos en la alcoba de Maudhuy.

—¡Es la voz de Susana!

—¡Parece que pide socorro!—dijo Clementina;—voy corriendo...

Luz la detuvo.

—Quédate. ¿Qué vas á hacer allí?

—Cuando Susana llama...

—Déjala que llame. Está al lado de su hermano, que habrá experimentado alguna crisis...

—Justamente, y mi presencia...

—Tu presencia es inútil.

—Pero, ¿qué pensarán si no vamos?

—Creerán que dormimos profundamente...

Además, ya no se oye llamar.

En efecto, los gritos habían cesado.

Luz hizo acostar á su sobrina y apagó la luz.

### XIII

Los gritos que acababan de oír eran, en efecto, lanzados por Susana.

Aquella tarde, á cosa de las tres, según hemos dicho, Luis había llegado á la quinta con el Doctor y el Notario, llamado expresamente para preparar el contrato.

Todos los que habitan la quinta se hallaban reunidos en el salón del entresuelo.

Maudhuy se prestó con bastante distracción

al examen y á las preguntas del Doctor, que movía el entrecejo y no parecía muy satisfecho.

—¡Bah!—dijo Maudhuy;—no estoy peor ni mejor, y sé que vais á proporcionarme los mismos remedios.

—Sí; y solamente añadiré un consejo. En cuanto llegue el otoño, que no está lejos, podéis ir á pasarlo al Mediodía.

—Perfectamente, y tal era mi intención... como váis á ver.

Y se puso á hablar del inmediato matrimonio de su hermana, y explicar sus intenciones respecto al contrato.

*Demasiado enfermo para continuar ocupándose de los negocios, cedería su parte en la casa comercial á su socio, y esta parte sería la dote de Susana; se la determinaría por medio de una liquidación que el Notario y Luis harían lo más pronto posible. Arregladas así las cosas y celebrado el matrimonio, saldría de París, yendo á instalarse, tal vez definitivamente, en Niza, con su mujer y su hijo.*

Al decir esto miraba á Clementina, que volvió la cabeza. Luz sonreía, Luis y Susana, confundidos por aquel desinterès, le rogaron que reflexionase más aquel asunto; pero él declaró que aquella era su voluntad.

En seguida habló con el Notario y examinó las notas que éste acababa de tomar.

—No os fatiguéis así—dijo el Doctor;—estáis muy pálido.

—Pues me extraña mucho, no siento dolor ninguno.

Luz al mismo tiempo felicitaba á Susana, sin olvidarse de hacer señas á Clementina, para que disimulase su descontento; pero á grandes penas podía conseguirlo.

En la comida reinó cierta cordialidad. Después pasearon por el jardín. El niño Jorge corría alegremente de un grupo á otro abrazado y acariciado por todos. Sin embargo, pronto se calmó su petulancia; se hacía tarde y llegaba la hora del sueño. No tardó en recostarse en las rodillas de Susana, inclinando su linda y rubia cabeza y empezando á dormirse.

—Vamos, ángel mío,—dijo Susana—la cama te está llamando; despídete de estos señores.

El niño se puso en pie, dió las buenas noches á todos, y Susana se lo llevó.

—Creo que debo hacer otro tanto—dijo Maudhuy al Doctor—; no sé lo que siento!

—En efecto, hace un momento que os estoy observando, y...

Y tomándole el pulso le aconsejó que se retirase. Maudhuy así lo hizo; apoyado en el bra-

zo de Clementina, á quién su tía había decidido á disimular, ésta les siguió.

Encontraron á Susana que acababa de acostar á Jorge en una pequeña alcoba contigua á la de su padre.

Clementina y Luz ayudaron á desnudar á Maudhuy. Se quejaba de un extraño malestar, de sofocaciones. De pronto llevó la mano al corazón, lanzó un grito y cayó medio desmayado en brazos de aquéllas.

Susana salió precipitadamente del gabinete, corrió á una ventana del salón y llamó al Doctor que hablaba con Luis y el Notario en el terrado.

Los tres entraron.

El Doctor logró reanimar á Maudhuy; luego reprendióle por las imprudencias del día, preparó una poción, haciéndole tomar la mitad, colocando el vaso mediado en una mesa.

Algunos minutos después, el enfermo experimentaba un ligero alivio; respiraba más dulcemente en su lecho, mientras Susana le limpiaba el rostro bañado en sudor.

Luz, entretanto, llamaba al Doctor aparte, y le preguntaba su opinión. Este contestó que no veía nada alarmante, pero que el estado general del enfermo no era bueno.

Maudhuy no tardó en notar aquellos cuchi-

cheos; preguntó de qué se trataba y se acercaron.

—Decía—expresó el Doctor—que esta crisis no ha terminado. Si volviera á manifestarse, debéis tomar el resto de la poción que he preparado, y cuyo efecto habéis experimentado... ¿Dónde está?

Luz, que con intención se quedara un poco atrás, había cogido el vaso y vertido en él, sin que nadie lo notase, el contenido de un frasquito que ocultaba en su mano.

—Aquí está—dijo agitando ligeramente la cucharilla en el vaso.

—Bien. Ponedlo aquí, en la mesa de noche, al alcance de la mano.

Antes de alejarse con el Notario y Charens, el Médico recomendó que se velase al enfermo, al menos durante una parte de la noche.

Maudhuy se opuso hallando excesiva tanta precaución, pero al fin se sometió.

—¿Cómo, Susana? ¿no acompañas á esos señores? Nuestra amiga Luz irá contigo.

Era evidente que deseaba quedarse solo con Clementina.

La solterona obedeció de bastante mala gana, y salió con Susana y los tres hombres.

Clementina había recobrado su aire sombrío.

—¿Qué me quieres?—preguntó á su mari-

do cuando éste le hizo señal de que se acercase.

Una pálida sonrisa rizó los labios del enfermo.

—Quiero—dijo—explicarme contigo sobre lo que acaba de pasar... Ese matrimonio te desagrada, lo sé; sin embargo, deseo que se verifique pronto... Luis y Susana se aman.

Ella le interrumpió.

—¡Eh! que se amen... que se casen, ¿qué tengo que ver yo en eso? Pero, sin ser muy exigente, hubiera deseado ser consultada sobre ese viaje, ese cambio de residencia.

—El Doctor es quien me lo ha ordenado, bien lo has oído, y creo que no me he engañado al contar con tu compañía. ¿Te negarás á seguirme?

—No, porque es mi deber.

—¡Dices eso de un modo!

Y procurandó rechazar una penosa impresión, añadió:

—Nada te liga aquí. Odias á Charens, y no miras bien á Susana, porque le ama. En lo sucesivo no los tendrás en tu presencia... Es por tu propio interés, por tu tranquilidad, por lo que te conviene ese viaje. Más tarde me lo agradecerás. ¡Dime ahora que no estás ofendida conmigo!

Su mirada era suplicante. Quiso tomarla



una mano, pero ella la retiró tan bruscamente que casi derribó el vaso colocado sobre la mesa de noche: este solo gesto revelaba un implacable resentimiento.

—¡Ah!—dijo el pobre marido con desesperación.—¡Arroja todos esos brebajes! ¡Qué me importa la salud, la vida, si te soy odioso!...

Clementina tuvo vergüenza de su dureza, y queriendo repararla en parte, tomó el vaso de la poción y presentándolo:

—¡Bebe!—le dijo:—esta poción te calmará.

Estas palabras, esta simple demostración, bastaron para reanimarle.

—¡Oh, qué buena eres!—dijo atrayéndola hacia él; —déjate amar y tendré fuerzas para vivir!

—¡Vamos, bebe!—repitió Clementina.

Maudhuy obedeció.

Luz y Susana entraron en aquel momento.

Hubo entre ellas una especie de disgusto por saber cuál de las dos velaría á Maudhuy; éste miraba á Clementina esperando sin duda que ella se ofreciese, pero ella no dijo ni una palabra.

Maudhuy cortó la discusión señalando á Susana, y Luz y Clementina se retiraron bastante contrariadas.

Susana, en cuanto se halló sola con su her-

mano, esperaba tener con él una de esas íntimas conversaciones á que la había acostumbrado; pero después de algunas frases insignificantes, se calló y dió media vuelta hacia la pared.

—¿Qué es lo que tienes?—le preguntó después de un cuarto de hora de silencio.

Y acercándose á él vió sus facciones contraindas y sus ojos llenos de lágrimas.

—¡Ah! ¿estás llorando? ¿qué te aflige? ¿Tienes alguna pena.

—¡No, no tengo nada!

—¡Oh! sí... lo adivino... De seguro Clementina te ha dicho alguna palabra dura.

—Te engañas... ¡Vamos!... ¡ahora eres tú la que lloras!... ¡Tú si qué me amas!

Y atrayéndola hacia él permanecieron algún tiempo abrazados.

Pero poniéndose su respiración más corta, más oprimida, separó dulcemente á Susana, llevándose una mano al corazón.

—¡Dios mío!—exclamó Susana, —¡te vuelvo á dar el ataque!

—No, no... no será nada.

El malestar continuaba. Susana le hizo tomar el resto de la poción preparada por el Doctor, á fin de contrarrestar una nueva crisis.

—¡Qué amargo está!—dijo después de haber bebido.—Le he notado el mismo gusto de hace

poco, cuando Clementina me hizo beber un poco.

Algunos minutos después parecía estar más tranquilo.

—¿Te sientes mejor?—le preguntó Susana.

—Sí, pero no sé lo que experimento.

Era una sensación de amargura y disgusto, luego una opresión de la garganta, un calor intolerable en el estómago.

De pronto se incorporó, lanzando un ronco grito.

—¡Qué te pasa, Dios mío!—preguntó Susana aterrada.

Maudhuy no contestó. Sus ojos estaban fijos é inyectados; su voz se entrecortaba; su rostro, enrojecido en las mejillas, se cubría de un sudor viscoso; náuseas acompañadas de un hipo precipitado sacudían su agitado pecho.

—En efecto,—balbuceaba,—¡esto es extraño!...

Después de un corto momento de calma relativa, se reprodujeron los dolores, intensos, implacables; sus facciones se crisparon horriblemente; todo su cuerpo temblaba, atacado por una convulsión violentísima... En fin, después de inauditos esfuerzos, cayó en él lecho como muerto y enteramente perdido el conocimiento.

—¡Socorro!... ¡Socorro!—gritó Susana.

Y corrió á buscar agua y vinagre, con la que le humedeció la sienes y la frente. Esto le hizo volver en sí, pero para continuar sufriendo; una ardiente sed le devoraba, y de pronto su cuerpo y su rostro se empezaron á cubrir de ronchas y manchas moradas.

—¡Se diría que lo han envenenado!—exclamó Susana.

## XIV

Maudhuy repetía maquinalmente... *¡Envenenado! ¡envenenado!*

De pronto su mirada buscó el vaso que Clementina le había presentado. Pero Susana lo tenía en la mano examinándolo con atención; en el fondo y en los bordes, observó un polvo blanquecino que el líquido no había disuelto aún.

—¡Y bien!—preguntó Maudhuy, que inclinado fuera del lecho, las facciones lívidas, contraídas, las manos crispadas, no perdía ninguno de sus movimientos.

—¡Sí, sí, es un veneno!—murmuraba la joven sin responder y siguiendo su pensamiento.—¿Pero, quién lo ha puesto aquí?... ¡No

había polvo alguno en la poción preparada por el Doctor delante de mí!... ¡Bien lo he visto!... y después de su partida, sólo yo y Clementina nos hemos acercado aquí...

Y se detuvo, temblando, temiendo decir más. Pero Maudhuy lo había oído.

—¡Clementina! ¡Clementina!—repetía y hubiérase dicho que procuraba recordar alguna cosa, de sujetar su memoria rebelde.

Luego se incorporó, y agitando las manos en el vacío como para rechazar una visión, un fantasma que le horrorizaba:

—¡Oh, no, no!—dijo.—¡Es imposible! ¡es imposible! ¿Qué mal la he hecho yo? ¡Oh, esta idea... esta idea!...

Susana solo pensaba en socorrer á su hermano.

—¡Aún es tiempo!—¡Un Médico, pronto, un Médico!—gritaba corriendo por la habitación.

Se colgó al cordón de la campanilla que se le quedó en la mano.

—¡No, no!... ¡cállate! ¡no llares!...—decía Maudhuy, —¡te lo suplico... te lo prohibo!

De pronto, como herida de una idea, Susana se detuvo, cerró la puerta que ya tenía abierta, y acercándose azorada,

—¿Por qué me prohibes que llame?—le pre-

guntó.—¿Tienes miedo por alguno? ¿Sospechas de alguien? ¿De quién sospechas?

Pero Maudhuy se había desmayado de nuevo, y se le hubiera creído muerto á no ser por su respiración entrecortada, ligeros estremecimientos y contorsiones nerviosas de la cara.

Dominada por el terror, no atreviéndose á salir á buscar socorro, se esforzaba en tratar de volverle á la vida, y al fin lo consiguió.

Maudhuy abrió los ojos y gruesas lágrimas se escaparon de ellos.

Esta vez estaba estenuado, inerte; frases sin sentido salían de sus labios.

—¡Me aborrece!—repetía—¡me aborrece! ¡Bien lo he notado!...

Luego volviéndose hacia su hermana:

—¡Tengo frío!—murmuró débilmente.

En efecto, sus manos estaban heladas. Susana las calentó entre las suyas, amontonó la manta sobre los pies, y cuando le pareció que sufría menos, inclinándose, le preguntó en voz baja:

—¿De quién sospechas?

—¡De nadie, de nadie!—le contestó asustado de esta pregunta.

—¡Sí, sospechas de una persona! ¿De quién quieres hablar cuando dices: *Me aborrece*? ¿No me respondes?... Nada temas... voy á llamar...

Y trató de separarse de la cama; pero con un supremo esfuerzo, Maudhuy se incorporó en su lecho y la contuvo por el vestido.

—¡Ah!—exclamó Susana—¡ya lo ves!... Es, pues, de ella de quien sospechas, como yo sospecho también... En efecto, ella sola ha entrado aquí, ella sola se acercó á esta mesa, ella sola tenía interés... ¡Oh, infame! ¡infame! ¡No quiero que su crimen quede impune!

Y se soltó de las manos de su hermano. En el momento en que se lanzaba á la puerta del gabinete, una voz infantil preguntó tímidamente:

—¿Qué tienes, tía Susana?

—Sus gritos habían despertado al niño.

—¡Jorge! ¡mi Jorge! —dijo corriendo á él.

Y le tomó en sus brazos para llevarle á otra habitación; pero Maudhuy, conociendo su intención, gritaba con gran esfuerzo:

—No lo lloves... ¡traelo aquí! ¡Quiero verle, quiero abrazarle!

Susana obedeció.

El niño se quedó estupefacto al ver el descompuesto rostro de su padre. Este trataba de comprimir sus sufrimientos.

—Ven aquí querido Jorge mío,—le decía.—¡Es la última vez!... ¡Acuérdate siempre de lo mucho que te he querido! ¡Abrazame!...

—Tú le amas,—dijo á Susana;—estoy tranquilo; velarás por él mejor que su madre. Le hablarás de mí, ¿no es así? de su padre, que le adoraba, que por él hacía tantos proyectos para el porvenir.

Hizo jurar á su hermana por todo lo más sagrado, por la santa é inalterable afeción que les había siempre unido, que jamás abandonaría á Jorge, sacrificándose por él, si preciso fuera. Susana prestó aquel solemne juramento.

Pero esto no le tranquilizaba por completo.

¿Qué podría valer en un caso dado la abnegación de su hermana? Era preciso darla un arma contra Clementina. Ya sentía haber hecho borrar todas las huellas del crimen; pero una acusación formal, escrita por su mano, sería lo suficiente; sería una amenaza terrible suspendida sobre la cabeza de la culpable, y de la que Susana podría hacer uso en último extremo.

Se hizo con un papel y una pluma, pero su mano no pudo trazar una sola letra. Su pensamiento empezaba á entorpecerse, á extraviarse; era el principio de la agonía.

Esta fue de corta duración; después de un ligero espasmo lanzó el último suspiro en brazos de su hermana, murmurando el nombre de Jorge.

Dos minutos después toda la casa, despertada por los gritos de Susana, estaba en completa emoción; solo Clementina y Luz, á pesar de sus voces, no habían salido de su cuarto, según hemos dicho.

—¡Miserable mujer!— se decía Susana, —ni aun se atreve á venir á contemplar su obra.

Sin embargo, era preciso disimular y preparar respuesta para todas las preguntas que naturalmente le iban á ser dirigidas.

Aunque algo tarde, Clementina y Luz acudieron; esta última, fingiendo gran desesperación y lanzándose con gritos y lágrimas sobre el cuerpo de Maudhuy; la otra muda de terror y como petrificada.

Susana lanzó una mirada terrible, que al momento reprimió. La pobre jóven no estaba al fin de sus torturas.

Llamaron á un Médico; Susana tuvo que contarle las circunstancias de aquella muerte, y fiel á su juramento, las arregló y explicó de manera que el Médico quedó convencido de que Maudhuy había fallecido á consecuencia de la enfermedad que hacia tiempo padecía.

Por un momento estuvo á pique de descubrirse por causa de Jorge: el niño no se había dormido; gritaba y llamaba desafortadamente.

Un criado le abrió la puerta y salió llorando

amargamente. Al verle su madre le tendió sus brazos, pero Susana fue más activa.

—¡No, tu madre soy yo desde ahora!— gritó cogiéndole en sus brazos.

Y se le llevó corriendo, como si tratase de robárselo á su verdadera madre.

## XV

No se vió en aquella acción más que un arrebato de dolor irreflexivo.

En cuanto á la muerte de Maudhuy, estaba prevista desde hacía tiempo como resultado inevitable de su enfermedad, para que á nadie sorprendiese; el mismo Médico no notó ciertas indicaciones sospechosas que en cualquier otra circunstancia no hubiera dejado de llamarle la atención.

Por otra parte, se vió obligado á prestar sus cuidados á Susana que, al llegar á su cuarto, fué acometida de un fuerte ataque de nervios, seguido de una violenta fiebre. La exaltación de la joven era extrema; se cambió en verdadero delirio á la vista de Clementina, que se presentó á saben cómo estaba, y que tuvieron que alejar de allí.